

EL ATENEO.

PRECIOS POR TRIMESTRE.

En la capital. . . . 10 rs.
Fuera de ella. . . . 12.
Números sueltos. . . 1

PUNTO DE SUSCRICION.

En esta ciudad, librería
de D. Alejandro Villatoro,
Comercio, 57.

REVISTA SEMANAL,

ÓRGANO DE LAS CONFERENCIAS CIENTÍFICO-LITERARIAS.

DIRECTOR, D. ENRIQUE SOLÁS Y CRESPO.

REDACTORES Y COLABORADORES.

Srita. Doña Adela Sanchez Cantos.
Sr. Marqués de Medina.
Bartolomé Feliú.
Emilio Grondona.
Pedro Gallardo.
Matías Moreno.
Manuel Nieto.
Andrés M. Gamero.
Juan Emeline.
Eugenio Olavarría.

D. Eduardo Uzal.
Saturnino Milego.
Eduardo Serrano Altamira.
Gabriel Bueno.
Mariano Gallardo.
Francisco Alvarez Uceda.
Leopoldo Ascension.
Julio B. Infantes.
Atilano Bastos.
Luis Rodriguez Miguel.

D. Teodomiro Saavedra.
Juan Antonio Gallardo.
Miguel Perez.
Francisco Martin Arrue.
Santiago Martin.
Eustasio Serres.
Emilio Pascual.
José Jimenez Pajarero.
Ricardo Antoñanzas.
Venancio Ruano.

AÑO I.

TOLEDO 4 DE ABRIL DE 1878.

NÚM. 5.º

CONFERENCIAS.

Como teniamos anunciado, la del jueves anterior fué desempeñada por nuestro amigo D. Leopoldo Ascension y Gonzalez, el que ocupó la tribuna con las formalidades acostumbradas. Dió principio con un elegante y bien sentido exordio, en el que después de dedicar justamente un grato concepto á la conferencia del Sr. Olavarría, como tambien á los Sres. Feliú, Infantes y Malats, manifestó era en él un deber de reconocimiento y cortesía el acceder á los deseos de sus favorecedores amigos, al Sr. Presidente, al Sr. Setien y muy en particular al Sr. Solás que eligió el objeto de su disertacion, poniendo sin embargo de relieve su esfuerzo al hacer públicos sus trabajos que segun él nunca así lo imaginó, «tanto menos ante un congreso tan competente y autorizado.»

Señaló la diferencia esencial en aspecto de la anterior conferencia á la suya, predisponiendo así los ánimos al objeto científico de ella; y después de una sentida súplica de indulgencia, marcó con dicho objeto sus límites con estas frases: «No es mi objeto presentaros un cuadro expositivo de la historia de la Astronomía así como de sus adelantos y progresos sucesivos; pues si bien por tal debiera empezar, es lo cierto que vaga idea de ella podria quedarnos sin la recordacion de las teorías que la fijan y para las que se necesitaria el concurso de largas disertaciones.» Sin separarse absolutamente del punto histórico, fijó las dos épocas trascendentales que se marcan en los adelantos de este ramo del saber.

Desde que los primeros ojos pudieron contemplar el Universo hasta la vida del inmortal polaco Nicolás Copérnico en 1473, y desde este sábio astrónomo hasta nuestros dias. Desde que los Caldeos tomando por observatorio la torre de Babel, hasta el P. Secchi en el de Roma (dedicando á este ilustre astrónomo sentido tributo de admiracion y de dolor por su reciente muerte). Desde el Rig-Veda de los Aryas de la India hasta la obra inmortal «*De Revolutionibus*....» y desde ésta al «Sol» de Secchi, manifestó estar comprendidas en estas agrupaciones el carácter, adelantos, desarrollo y producciones de esta ciencia legadas por los sábios.

Expuso, que siendo la Astronomía ciencia de observacion y cálculos, las acepciones del matemático y del astrónomo son casi sinónimas. Manifestó el origen de la Astronomía física; puso de relieve el audaz vuelo de los adelantos recientes de esta sublime ciencia, citando los famosos alemanes Kirchhoff y Bunsen, en cuyo laboratorio químico nació «*la análisis espectral de la luz*,» método por el que se da arribo al problema de la constitucion física y química de los cuerpos celestes; indicó tácitamente el objeto á quien dedica sus estudios privados y advirtió, que saliendo de los límites que la costumbre ha establecido en tiempo, los de su conferencia la dividia en dos; siendo el objeto de aquella sesion la «*Contemplacion general del Universo*,» primera parte de aquella, aplazando para el martes 2 del corriente su terminacion, sujetándose á las decisiones de la Junta facultativa.

Preciso debió considerar este prólogo á fin de

figurar los puntos trascendentales que á su juicio le preocupaban, atendido el ser la vez primera que ante el público elevaba su voz, no como profesor sino como mero aficionado.

Empezó pues la contemplacion general del Universo recordando las definiciones de Astros, Cielo y Universo; el objeto de la Astronomía; citando las ciencias que son la base y cimiento sólidos de ella; desvaneciendo los temores que de emprender su estudio podrian surgir al que no poseyera latos conocimientos de ellas ó el respeto que desde luego inspira el estudio de tan vasto y sublime ramo del saber; pues el dedicarse á conocer simple y elementalmente la disposicion y propiedades del sistema solar y sus partes constitutivas y en particular los fenómenos del dia y de la noche, las estaciones, los años, la duracion de unas y otros, los eclipses de Sol y de Luna, las causas de la elevacion y restablecimiento periódicos del nivel de los mares, la distincion y clasificacion de las estrellas, los planetas, los satélites, los cometas, las constelaciones, las nebulosas, los meteoros cósmicos, el adquirir en general una idea del mecanismo celeste, es objeto que está léjos de ofrecer los rigurosos inconvenientes y dificultades señaladas.....

Manifestó bajo qué aspecto ha impresionado al hombre la contemplacion del Universo, el Cielo y la Tierra, el origen y formacion de uno y otro, definiendo la Cosmogonía y la Geología. La Tierra con sus fósiles y rocas, y el Cielo con la solemne é imponente majestad de su invariabilidad, nos acusan la vida de remotísimas edades, el principio de la obra del Hacedor, y que nada más justo que estas ciencias empeñen la atencion del hombre para tener siquiera ideas no tan rudimentarias del tiempo, del espacio, de la creacion y la humanidad.

Definió la Astrología y probó lo erróneo y quimérico de sus falaces tendencias y principios así como su absoluta decadencia, pasando después preventivamente á señalar algunos fenómenos de observacion á fin de prevenir los errores que muchas veces implican las apariencias, respecto al movimiento, situacion, magnitudes y relaciones de los cuerpos, haciendo ver el concurso inmediato que prestan la Geometría, la Física y la Mecánica.

De lleno ya en el objeto de la conferencia, expuso que nuestro observatorio la Tierra es un cuerpo celeste cuya redondez sensiblemente esférica y aislamiento en el espacio debia admitirse *à priori* en su conferencia; definió con Pascal la Esfera celeste y la division de su superficie ideal en trozos

ó constelaciones, citando el nombre de algunas. Los catálogos de estrellas y la inscripcion en ellas de éstas en cada grupo ó constelacion; los nombres particulares de algunas por su magnitud, situacion, propiedades singulares ó frecuente uso de ellas para las observaciones, citando á Sirio, Aldebaran ó el Ojo del Toro, la Polar y algunas otras. Marcó la division en magnitudes y el número aproximado de las que en cada una se hallan comprendidas hasta la undécima magnitud, haciendo una breve consideracion de lo muy exíguo del poder de nuestra vista para apreciar las riquezas del Cielo, la que sin el auxilio de los lentes no distingue ni aun el primer guarismo de la enorme é incomensurable cifra de astros que pueblan el espacio.

Explicó luego las estrellas múltiples ó sistemas estelares y la diferencia sensible de sus elementos en magnitud, coloracion ó brillo. Hizo la distincion de las estrellas en fijas ó soles y planetas; dió el medio más accesible y elemental de distinguir las por la propiedad en aquéllas de la scintilacion ó centelleo y con el mismo objeto dió cuenta del fenómeno óptico *la Irradiacion*. Describió el aspecto de los cometas, dió extension por analogía á considerar cada fija como un Sol, que cual el nuestro desempeña análogo papel en la economía celeste.

Pasó después á explicar los satélites, deteniéndose en el exámen de la Luna y definió lo que se entiende por sistema planetario.

En su ligera inspeccion notó las nebulosas, haciendo su separacion en resolubles ó aglomeraciones estelares y nebulosas propiamente dichas; recordó la Via-láctea, manifestando su pertenencia á las nebulosas, resolubles, citando el lugar de ella ocupado por nuestro Sol como parte de tal elemento astral.

Definió las estrellas fugaces, los bólidos, aerólitos; pasó después á la coloracion de la luz de las estrellas; expuso fenómenos estelares, como las estrellas variables ya en magnitud, ya en coloracion; las periódicas, las temporales, citando particularmente la Peregrina, estrella observada en 1572.

Al pasar después al aspecto y condicion de tal conjunto de elementos manifestó que las fijas, los sistemas, todo en fin se halla sujeto á una suprema ley de movimiento; ciñéndose á explicar, si bien á grandes rasgos, el de traslacion del Sol, su velocidad y direccion en el espacio.

Demostró las complicaciones que introdujo en la mecánica celeste el descubrimiento de los movi-

mientos de las fijas, y dió término á la velada con algunas consideraciones sobre la existencia de un centro universal, que subordina á su accion todos los elementos consignados, manifestando que cada uno de ellos es objeto de una brillante teoría cuyo conjunto forma la ciencia astronómica.

Llegado el martes empezó por significar el verdadero sentimiento de gratitud que le inspiraba la benévola acogida que obtuvo su primera conferencia, haciendo después un breve resúmen de cuanto dijo en ella, manifestando continuaba la explicacion con la descripción del sistema solar y una idea del Infinito.

Señaló la época de la renovacion científica de la Astronomía, apartándose de todos los demás sistemas á fin de fijar más precisamente el que iba á exponer; haciendo una breve alusion al imperfecto sistema de Ptolomeo con las célebres frases que el Rey astrónomo D. Alfonso el Sábio pronunció ante una reunion de Teólogos: «Si Dios me hubiera hecho el honor de pedirme parecer al formar el Universo, le habria aconsejado lo hubiera dispuesto de una manera más sencilla y propia de su sabiduría:» logrando así el Sr. Ascension evidenciar claramente el trascendental cambio introducido por Copérnico al par que la admirable sencillez del actual sistema.

Indicó que si bien la teoría de la Tierra se habia aplicado con anterioridad á Copérnico lo fué sólo por raros iniciados y en Escuelas privilegiadas, como Nicetas y Plutarco; los principales Pitagóricos, como Archytas de Taranto, Heróclito de Ponto y Echarato; pero que el sistema de las apariencias se impuso en todos tiempos, por lo que la gloria de Copérnico al sentar el suyo frente aquéllos es inmortal.

Al ocuparse de esta época, después de un ligero apunte biográfico dedicado á dicho sábio astrónomo, recordó al ilustre Kepler y expuso sus leyes, cuya síntesis hecha por Newton establecen como único principio de los movimientos de los astros la Gravitacion Universal. Recordó tambien á Galileo, digno émulo de Copérnico, demostrando la independencia de los movimientos de la Tierra, condenado por ello á perpétua prision, y al primero obligado para allegar la subsistencia á su amante compañera é hijos, á hacer almanaques.

Definió el sistema planetario y la causa de considerar este grupo de esferas en conjunto; dió cuenta del número y orden de los planetas, empezando la descripción por una brillante apología del Sol. Fijó por vulgares comparaciones su dis-

tancia y magnitudes, intensidad de luz y calor; expuso sus movimientos y varias hipótesis del papel que desempeña con relacion á las demás estrellas. Dió una ligerísima idea de su constitucion física y de la observacion de sus manchas dedujo el tiempo que invierte en su rotacion.

Pasó en seguida á la zona hipotética de planetas intra-mercuriales, luego á Mercurio, á Venus, la Tierra y su satélite la Luna; Marte; la zona interplanetaria de los asteroides; Júpiter y sus cuatro satélites Io, Europa, Ganimedes y Calisto; Saturno con sus ocho satélites Mimas, Encelado, Tetis, Dione, Rhea, Hiperion y Japhet, y dos brillantes anillos que circuyen al planeta; Urano y sus cuatro satélites Ariel, Umbriel, Titania y Oberon, los cuales presentan la singularidad de ser sus movimientos en sentido contrario al en que lo verifican los demás satélites del sistema; finalmente Neptuno, último planeta con su satélites cuyo descubrimiento es la confirmacion de los principios racionales de la moderna Astronomía, cerrando el vasto imperio del Sol á 1.100 millones de leguas de él. Ocupose el Sr. Ascension al tratar de cada uno de estos elementos de fijar sus magnitudes, distancias, movimientos y demás generalidades que completan su sesion uranográfica, dando á conocer los cometas pertenecientes al sistema y terminándole con una idea general de su admirable unidad.

Dió fin á su conferencia desplegando la inmensidad del espacio, tomando por unidad de medida primero la velocidad de la luz; mas no creyendo suficiente este término de comparacion para presentar las insondables regiones del Cielo, eligió por nueva unidad toda la extension que la anterior le proporcionó, y cual si aun no fuera bastante dijo que esta extension, cuyos límites es imposible señalar, pertenece á la gran nebulosa de que forma parte nuestro Sol, y que más allá número infinito de ellas pueblan el éter. Al llegar aquí, el Sr. Ascension hizo bien perceptible la mezquindad en extension de nuestro sistema solar, perdido cual un punto matemático ante materiales dimensiones y se pregunta: «¿Qué es pues el Sol?... ¿qué Júpiter?... ¿y qué la Tierra?... ¡La haríamos mucho favor con compararla al grano de arena que yace sepultado en el fondo del Océano!» y finalmente, dedicó bellísimas frases á reconocer y admirar en todo la gloria del Supremo Hacedor de tanta y tanta maravilla!

El mejor elogio que se puede hacer de esta conferencia es su simple exposicion. Todo cuanto

nosotros pudiéramos decir resultaría pálido ante la elegancia de frases, seguridad de exposición y arranques científicos de que el orador dió muestras en las dos veladas que tuvo la amabilidad de consagrarnos. Por más que al principio de su discurso se disculpó y reclamó la indulgencia de sus oyentes, en gracia siquiera á ser esta la primera vez que hablaba en público, nos demostró bien pronto que no necesitaba de una indulgencia que sólo su modestia le impelia á reclamar, como se lo probaron las muestras de aprobacion y los entusiastas aplausos con que fueron acogidas sus palabras en ambas veladas.

Reciba nuestro querido amigo la más cordial enhorabuena de nuestra parte, y ojalá encuentre en ella un impulso para seguir en la senda que tan brillantemente ha emprendido.

SECCION LITERARIA.

LA ABNEGACION Y EL EGOISMO.

Grande, sublime sentimiento que lleva al alma celestial ventura; virtud augusta que brilla sobre las humanas pasiones como resplandece el brillante aunque lo entremezclen con el lodo; santa generosidad que nos convertiria en ángeles si mucho abundara. ¡Tal es la abnegacion!; Piedra de inestimable valor colocada por Dios entre las falsas de que está poblado este mundo de miserias, con tu poder inmenso abates á tus piés á las malas pasiones que el corazon bastardean, que, audaces, quieren reinar ellas solas; tú con indomable energía sostienes abierta lucha con el fatal egoismo que tanto daño hace á nuestra sociedad, lucha de titanes que tiene, por testigo á Dios, por campo el mundo! No retrocedas, no; continúa enérgica el combate, que tuyo será el triunfo porque te protege Dios y te animan con su voz todos los corazones que saben sentir.

Miradlos, la lucha es empeñada, ambos contendientes son fuertes y resueltos; ella es fina, bella, hechicera, en su rostro celestial se ve la divina expresion de la santa mision que desempeña; se bajan con ruborosa modestia sus ojos que reproducen el azul del cielo en un día de Mayo, ellos revelan la tranquila dulzura del ángel del bien. Es la abnegacion. Él, horrible, de rostro feróz, de repulsivo aspecto, lleva impresa en su frente sombría y contraída la palabra *egoismo*; en sus torvos ojos se lee el deseo de arrojarse sobre su noble adversaria y despedazarla con sus hercúleas fuerzas; pero Dios la defiende, su dignidad le detiene, el prestigio de la virtud le impone y no se atreve. Ella sonrie compasiva.

—Deja el campo, insensato, le dice con dulzura, que el mundo aunque muy depravado tiene un faro que ilumina su camino, la religion; ella le ordena me siga y más tarde ó más temprano el triunfo será mio.

Un rugido se escapa del pecho de él.

—Jamás, responde; mi poder es grande, me protege el ángel malo y venceré; luchemos.

—Luchemos, murmura la abnegacion con inmensa tristeza. Y el combate vuelve á comenzar más fuerte y enérgico.

Donde quiera que hay un sacrificio que llevar á cabo, una accion generosa que realizar, allí están los dos adversarios; ella infundiendo noble resolucion, él aconsejando el culto del egoista yó. Segun las condiciones, y las circunstancias del sér que á la tal lucha sirve de campo vence el uno ó vence la otra; pero cuando de la virtud augusta que nos ocupa es el triunfo, ¡qué dulce, que grato y consolador bálsamo recibe el alma! Preguntad, si no, al hombre generoso que haciendo abnegacion de su vida se precipita en el rugiente mar por salvar la de un semejante que ni aun conoce, preguntadle en el momento en que con el corazon palpitante de ansiedad y su alma entera trasladada á aquel cuerpo exánime, cual si con la suya llena de vida quisiera reemplazar á la que á él parece haber abandonado, y ve estremeciéndose de placer las primeras señales de que aquel sér vuelve á la vida que le debe, cuando ha sentido con tanta intensidad esa emocion profunda, esa ventura interior tan difícil de definir que llamamos gozo, placer ó alegría. Una sóla será su respuesta.

—Lo que en estos supremos instantes se experimenta, se puede sentir, no expresar; no tiene comparacion posible.

Ved á la infeliz que después de improbos trabajos ha conseguido reunir una pequeña cantidad que á ella parece un tesoro, nada más posee; escucha, sin embargo, las súplicas desgarradoras de un desventurado que, aun más pobre que ella, implora la caridad, é impulsada por la santa abnegacion da lo que casi constituye su capital para salvar á unos pobres niños de la miseria, á un padre desgraciado de la vergüenza, tal vez del crimen; y á pesar de quedar sin recursos, es feliz porque siente que inunda su alma un gozo inmenso, una esperanza suprema, sentimiento que Dios le envia como justo premio de su buena accion.

Y no la interrogueis cuando con los ojos elevados al cielo da gracias al que todo lo puede porque le ha concedido aquella suma con que poder experimentar el santo placer de hacer bien; no intentéis saber cómo tiene valor para desprenderse de lo único que posee, porque no os comprenderia. Preguntadla, en cambio, si es dichosa en el momento en que rodeada de la familia que ha salvado, escucha las vocecitas de ángel de los niños que le dan las gracias por su sacrificio.—La abnegacion, os dirá, lleva siempre en sí la recompensa; haced bien y comprendereis lo que yo gozo en este dia. De muy distintas formas suele revestirse la noble abnegacion, bajo mil fases diferentes podemos seguir sus generosos preceptos; pero ya sacrifiquemos lo que más caro nos sea en aras del deber, de la caridad, ó del impulso del corazon, siempre sentiremos la grata satisfaccion que ella proporciona, satisfaccion tan cierta como cierto es que el egoismo lleva tras de sí el sombrío remordimiento.

Vosotros, los favorecidos de la suerte, que ávidos

de emociones las buscáis con afán continuamente, mirad los males ajenos como los vuestros propios, haced abnegación de lo que os sea más agradable cuando la necesidad lo exija en favor de los demás y experimentaréis el placer de los placeres.

Y los que deseáis la tranquilidad y el reposo, pensad un poco, meditaad sobre la abnegación, practicarla y conoceréis la inefable dulzura que presta la conciencia del buen proceder.

Rindamos todos culto á la sublime virtud que engendra en nuestra alma cuanto hay de más noble, de más puro, y con su divino aliento nos infunde fuerzas para apartar de nuestro camino el egoísmo con sus falsos halagos y seguir por derecho sendero en busca de la anhelada y difícil perfección.

ADELA SANCHEZ CANTOS.

EN SU TUMBA.

En los efluvios de las violetas,
En el follaje de las campiñas,
En las revueltas nubes de encaje
En los primeros rayos del día;

En las estrellas del ancho cielo,
En los murmullos del aura tibia,
En el reflejo, sobre las ondas,
De la callada luna tranquila;

Algo de vago, de indefinible,
De misterioso quizá, se agita;
Mezcla confusa de luz y niebla,
Música extraña, mágica rima.

Es una sombra que se deshace,
Es un sonido que se disipa,
Es un deseo que no se cumple,
Una esperanza desvanecida.

Quizá esa sombra será la suya
Que mi cansada frente acaricia,
Y ese murmullo será el que formen
Al desplegarse sus alas tímidas;

Sí; me parece que flota en torno
Su lastimera voz de agonía,
Su adiós querido, su último beso,
Y su amorosa postrer sonrisa!

Dulces efluvios de las violetas,
Verde follaje de las campiñas,
Nubes de encaje, luces del cielo,
Ledos murmullos del aura tibia;

Ténue reflejo sobre las ondas
De la callada luna tranquila;
Fingid misterios, ruidos, canciones...
Quiero embriagarme con su armonía!

EUGENIO DE OLAVARRIA.

HISTORIA DE UN POBRE LOCO.

Recorria yo una tarde con unos cuantos amigos que me habían impuesto el pesado cargo de *Ciceroni*, las espaciosas salas del Nuncio de Toledo, y á las puertas de este gran edificio había abdicado mi comisión para confiársela á uno de los loqueros que acudió solícito á nuestro encuentro y se brindó á hacernos ver cuanto de notable encerraba el manicomio. Después de haber inspeccionado con curiosidad la mayor parte de los aposentos y habernos detenido ante aquellos pobres seres, de rostro demacrado y vista extraviada, que pronunciando frases incóherentes huían de nosotros con desconfianza ó se nos acercaban con ademanes más ó menos tranquilizadores, volvióse hácia mí el loquero que nos guiaba, y me dijo: «Ahora verán ustedes tal vez al enfermo más interesante del Establecimiento. Cuenta su historia á todo el mundo, y si en el curso de ella se exalta, á la conclusión está tan pacífico como ántes de empezarla.» Y nos señaló á un hombre como de unos treinta y tantos años, que solo se paseaba por su celda, tendiendo una ávida mirada por la feraz campiña que se descubría por entre los fuertes hierros de la ventana. En efecto, después de algunas frases de mero cumplido que nos dirigió al vernos, y previa nuestra invitación, empezó á contarnos con una seguridad tal que nos hacía dudar de su locura, la historia que voy á referiros, historia de lágrimas, cuyo recuerdo ha llamado las mías á mis ojos más de una vez. Dijo así:

—Todo el mundo dice que estoy loco; todos se separan de mí como con temor, porque mi aspecto uraño les asusta, y sin embargo, no estoy loco. La idea fija que incesante me persigue, es lo que ha cambiado en fosco y repulsivo mi carácter, ántes tan alegre; las imágenes que por todas partes me cercan, son las que hacen á mis ojos rodar inciertos en sus estrechas concavidades. Por lo demás estoy tan loco como todos vosotros, ó tal vez vosotros que me oís con semblante asombrado, esteis más locos que yo.

Todo el mundo es loco; cuando yo vivía en el fondo de esa sociedad, que es un abismo de locura, todos los seres me lo parecían. El rico que cifra su orgullo en arrastrar un carruaje por la arena del paseo, y el pobre que oculta con vergüenza sus harapos, el desgraciado que cree en la felicidad y corre sin cesar tras ella, y el dichoso que se cree poseedor de esa misma felicidad, y falto de atractivos en la vida, cae en el aburrimiento; el que se cree amado y el que cree amar.... Amar.... yo también he amado.... sí; recuerdo que otro tiempo en que yo estaba loco, porque lo he estado, mi corazón latió ante los atractivos de una mujer; y mi imaginación aun se abandona con delicia al recuerdo de aquellos largos días de placer, en que mi cielo era su mirada y mi esperanza sus sonrisas. Yo la amaba mucho.... mucho.... y ella también me amaba del mismo modo.... Pero.... ¿qué sombra se ha fijado en mi pensamiento? ¿Por qué ha de perseguirme siempre esta imagen funesta? ¿Por qué han de ir siempre unidos en la cadena de mis recuerdos estos dos hechos tan distintos?.... Si claro aparece el cuadro á mi memoria. Primero, amor, mucho amor.... y luego, sangre, mucha sangre.... Aun

me parece aspirar con delicia aquellos miasmas repugnantes. ¿Qué se ha hecho de aquella mujer jóven, hermosa, llena de atractivos? Es un cadáver que en mi rabia pisoteo..... No os asustéis. ¿Por qué os separáis de mi lado? Yo estaba loco entonces; y lejos de eso hoy mis sentimientos son dulces y mis ideas son humanitarias. Venid, venid, y os contaré la historia del tiempo de mi locura, y como yo, bendecireis el despertar de mi razón.

No sé por qué serie de acontecimientos yo entonces no vivía aquí, en este palacio tan grande que fué alcázar de mis mayores. Aunque no con claridad, veo, sin embargo, y me encuentro metido en una sociedad compuesta toda de pobres locos como yo; presa de pasiones que hoy estoy muy lejos de experimentar; pues si alguna vez siento de distinto modo que de ordinario, esto no es más que una vaga reminiscencia del pasado, de ese pasado que quisiera borrar de mi memoria. En aquel tiempo, decía, conocí á una loca, que no sé por qué me llamó la atención desde el momento que la ví; la pobre era hermosa, muy hermosa. Alta, morena, delgada, de talle flexible, de voz dulce, de aspecto encantador. La amé, y yo recuerdo que se detuvo el curso de mi vida; errante siempre y como un cuerpo sin alma, en vano mi voluntad me llevaba lejos de ella; algo que era en mí superior á mi voluntad, me arrastraba á su lado; y vivía suspendido de sus labios, oyéndola como á mi ángel bueno, haciendo de ella mi ídolo. Era pobre, humilde, y á pesar de eso, la hice mi esposa; mi dinero y mi nobleza la dieron nuevos atractivos que la enaltecieron á los ojos de todos y que me hacían caer á sus piés para adorarla de rodillas. La hice árbitro de mis destinos, creí en su cariño y me dormí tranquilamente en sus brazos soñando con la felicidad..... Yo entonces estaba loco..... ¿No es verdad que es preciso ser muy loco para amar de este modo á una mujer?

Y sucedió lo que había de suceder. ¿Quién se puede jactar de cambiar el orden de las cosas? Un día me digieron que aquella mujer me engañaba, y la sospecha mordió mi alma con su acerado diente. ¿Sabéis lo que es una sospecha, vosotros, pobres locos, que vagáis por el mundo sin tener de quien sospechar, creyendo en todo y cantando himnos á la fé? Una sospecha es peor que una certidumbre, por lo mismo que la duda es más amarga que la realidad. Una sospecha es un veneno que se deposita en el corazón; que le va consumiendo poco á poco, que emponzoña su sangre, que tuerce todos sus sentimientos, y por último, le asesina; es el gérmen de la desesperación que la fatalidad hace nacer en el hombre cuando quiere impulsarle al crimen. En el infierno de los locos debe ocupar un lugar entre los demonios.

Y mi sospecha creció envenenando mi existencia, deteniendo mis buenos impulsos; yo era bueno, y la sospecha me hizo malo; yo amaba el mundo en que vivía, y la sospecha me le hizo odiar; yo creía buenos á todos los hombres y sencillas á todas las mujeres, y á través del prisma estrecho de la sospecha ví que sólo me hallaba rodeado de infames y de cortesanas. Y maldije mi vida, y maldije la sociedad, y deseé que

llegase el momento de vengarme en los seres que me engañaban, del mundo que había santificado mi unión, cubriéndose con su máscara de hipocresía.

Esta ocasión llegó bien pronto. Un día, afortunado para mí, pues gracias á él recobré mi razón perdida; volví á mi casa, á una hora en que no era esperado; atropellé cuantos obstáculos se oponían á mi paso y entré en el aposento de mi mujer, cuidando ántes de cerrar la puerta por dentro. Al verme solo en aquel cuarto en que había pasado horas tan felices, no sé qué pasó por mí; una rabia feróz dejó ver en mí sus efectos, y sólo pensé en la venganza; pero en una venganza horrible, que yo sólo comprendía con la muerte de los dos miserables que abrazados dormían cerca de mí, gozando de su impunidad, abandonados á una ciega confianza, y teniendo aun en sus labios unidos el último beso de amor. Al principio pensé matarlos juntos, pero apenas concebida esta idea, la deseché por absurda. Matarlos así, hacerlos pasar sin transición de la vida á la muerte, era hacerlos dichosos para siempre; hacer eterno aquel sueño de ventura. Los desperté con un brusco movimiento, y un momento gocé de su temor y su sorpresa. En el paroxismo de mi ira, me arrojé sobre él, le tiré al suelo y traté de ahogarle entre mis brazos. Entonces, ella, la infame que todo me lo debía, rugió como una leona, y se abalanzó á mí para impedirme llevar á cabo mi venganza..... ¡Triste espectáculo que se presenta aun ante mi vista! Dueño yo de una fuerza imposible de contener, cogí aquel cuerpo tan delicado, que tantas veces había cubierto con mis besos, y me encarnicé en destrozarle..... Su lengua me había engañado, causando todas mis desgracias, y la arranqué la lengua para abofetear con ella el rostro desencajado de su amante; sus ojos me habían seducido, y yo la arranqué los ojos con las uñas, y cuando los dos cuerpos no fueron ya más que unos restos informes, cuyo sexo no era fácil reconocer, los reuní y empecé á bailar sobre ellos una danza extraña y descompuesta, que nadie me había enseñado; y por último, rendido de fatiga, agotadas mis fuerzas por el considerable gasto que de ellas hice, caí sin sentido sobre el lecho que formaban los cuerpos confundidos de los dos amantes, y puedo aseguráros que jamás cama alguna me pareció mejor ni más mullida..... Cuando volví en mí, todo había pasado como un sueño; aquel cuadro repugnante había desaparecido; por primera vez me hallé en esta casa, que es la mía, rodeado de servidores y gentes que me respetan, reconociendo así el ascendiente que sobre todos tengo. Había recobrado la razón.

Cuando el desgraciado acabó de hablar se levantó, y todos cuantos habíamos oído su relato, nos separamos con una mezcla de horror y lástima. Exaltada su imaginación por los recuerdos que había evocado, se paró de pronto, y volviéndose hacia nosotros, nos dijo señalando un extremo de la estancia:

—Aquí están enterrados los dos; recemos el oficio de difuntos.

Y poniéndose de rodillas, principió á cantar una elegía cadenciosa y triste, con una voz tan dulce y lastimosa á la vez, que las lágrimas se agolparon sin que-

rer á nuestros ojos, y salimos de la habitacion conmovidos y sin que, al parecer, el desdichado, absorto en sus pensamientos, sin órden ni hilacion alguna, llegara á apercibirse de nuestra muda retirada.

Julio 30 de 1876.

L. GINER ARIVAU.

REFLEJOS.

Enlazados de la mano
Y embriagados de ventura,
Vi cruzar por la espesura
Una niña y un anciano.

Blanda la tarde caia
Como en lánguido desmayo,
Y del sol el postrer rayo
El hermoso grupo hería.

A veces, la placentera
Faz, el anciano inclinaba,
Y un beso amante posaba
En la blonda cabellera.

Llenas de serenidad
Las dos miradas caian
Y tranquilas, se perdian
En la azul inmensidad.

Absorto y fijo quedé,
Y el asombro entró en el alma:
—¿Cómo en el mundo tal calma
Puede existir?—pregunté.

Y una voz dulce y lejana
En mi oido murmuró:
—No te asombre tanto, no,
Esa dicha sobrehumana:

Porque el tranquilo placer
De esa niña y de ese viejo,
No es más que el dulce reflejo
De la dicha de no ser.

Hace poco que nació
La niña, y su faz risueña
Harto revela que sueña
En el placer que dejó;

Y el anciano que la sima
Del sepulcro ya presente,
Lleva el reflejo en la frente
Del placer que se aproxima.—

ENRIQUE CORRALES.

LA CUARESMA.

¡Cuántos recuerdos de gratitud se despiertan en este período sagrado que forma la modesta epopeya

de nuestra redencion! Aunque la naturaleza sonria bajo el templado rayo del sol; por más que la delicada flor esparza la fragancia de su cáliz y la sencilla golondrina con sus inciertos giros parezca mensajera de una esperanza para cada corazon envuelta en su melodioso y peculiar gorjeo, no consiguen estas bellezas naturales cautivar como otras veces nuestra atencion. El sonido religioso de la campana, la voz del sacerdote enalteciendo la caridad desde su sagrada cátedra, y las prácticas tradicionales que despiertan en la memoria el sacrificio del Mártir por excelencia, llevan el pensamiento á la Santa Ciudad, al célebre pueblo de Palestina que aun guarda en sus monumentos y en sus ruinas el eco imperecedero de la moral más pura que ha brotado de humano lábio.

Si pertenece al resto de las ciudades del Asia el comienzo histórico de la terrestre humanidad; si Tiro, si Corinto y Babilonia han dejado como recuerdo de su pasado la riqueza de su comercio y poblacion, los gérmenes de la ciencia y de las artes, las absurdas ó sencillas creencias de sus dogmas, su fausto y su disolucion, Jerusalem no ménos rica en vicios y virtudes, ofrece sin embargo al filósofo y al cristiano más elevado campo que admirar. En los pilares que sostienen sus templos, visitados igualmente por el católico y el viajero, lucen esculpidas las parábolas y enseñanzas de nuestros divinos códigos; las aguas del Jordan y las del lago de Tiberiades conservan en su limpia superficie la imágen del Bautista y los Apóstoles, y los frescos venticillos que acarician las cimas del monte Olivete pronuncian con religioso sentimiento el nombre de Jesús.

No entraré en detalles que describan la hermosa figura de este admirable Espíritu: mi pobre paleta la desluciria. Además, quién no sabe de memoria todos los hechos que á su vida corresponden?

Palestina sirvió de teatro de accion al Hijo de María, y principalmente Jerusalem en los primeros y últimos años de su luminosa existencia. En sus comarcas pintorescas, en sus campos bellísimos modeló, digámoslo así, su alma, enriqueciéndola con tesoros de amor y sensibilidad, adornándola con la grandeza majestuosa que distingue aquella naturaleza especial. El objeto principal de su vida fué la predicacion. Su doctrina era suave y persuasiva, sus preceptos sencillos, su lenguaje insinuante y su caridad universal: no excluyó ningun sectario. ¿Cómo explicarnos que este modelo maravilloso de virtud y mansedumbre recibiera como galardón de aquel pueblo cruel, una acusacion

injusta, un fallo inapelable y una muerte cruenta é irrisoria?...

Todavía hoy cuando la Iglesia conmemora los sucesos de la Pasion, el corazon de los cristianos se estremece ante el espectáculo que tuviera lugar hace diez y nueve siglos. Y como si cada uno tuviera en su conciencia parte del crimen Deicida, acude presuroso á los templos, y en lo más oscuro de sus naves eleva al cielo una ferviente plegaria en demanda de perdon. Y el perdon es concedido: que si la humanidad tiene delitos enormes, no son irredimibles, porque nunca pueden estar á la altura de la misericordia y amor del que con matemática precision rige mundos y mundos.

MIGUEL PEREZ.

MADRIGAL.

¡Felicidad! ¡Soñada fantasía!
Ser feliz yo creí,
Y esta grata ilusion del alma mia
En un momento disiparse vi.

Duda fatal me despedaza el pecho,
No fio en tu querer,
Mi pobre corazon está deshecho
Y en vano intento á la quietud volver.

Mitiga mi dolor; mira mi lloro;
Esto es mucho sufrir;
Y si me adoras como yo te adoro
¿Por qué me ves sin compasion morir?

Si amor tu corazon por mí no siente
¿Por qué tu lengua, dí,
Pronunció con ficcion tan inclemente
Lo que nunca me habias de cumplir?

Sentencia decisiva espero ansioso
Desgraciada ó feliz,
Morir sin tu cariño dueño hermoso,
O gozar en tus brazos dichas mil.

RAMON SOTO DE BOBADILLA.

MISCELÁNEA.

La conferencia de esta noche, que dará principio á las ocho y media, será desempeñada por el distinguido Profesor del Instituto de esta ciudad D. Saturnino Milégo, siendo su tema «*Carácter crítico de la filosofía contemporánea.*»

El último sábado por la noche, la Sociedad Lírico-Dramática, nos proporcionó una de sus más amenas veladas. Pusiéronse en escena, la pieza en un acto arreglada por el gran

Breton de los Herreros, titulada: *Un paseo á Bedlam*; la zarzuela también en un acto, cuyo título es: *Por una abreviatura*, cuyos autores dimos á conocer en uno de los números anteriores; y por último, la obra en dos actos nominada: *El preceptor y su mujer*. Pero el verdadero suceso de la noche fué sin disputa la representacion de la zarzuela, viéndose obligados sus autores á subir al palco escénico para recibir en él muestras marcadísimas del aprecio en que el público los tiene y del mérito que encuentra en su produccion; siendo agraciados el Sr. Serrano con una lindísima corona y el Sr. Scarlatti con una rica y bien cincelada pluma de oro; ambas debidas á la galantería de los miembros de la Sociedad.

No podemos detenernos á hacer un exámen de la obra, porque ni el tiempo ni el espacio de que podemos disponer nos permiten dedicarnos por completo á elogiar como se merecen los chistes de ella y las inmensas bellezas de la música, verdadera música de ópera que anima las graciosas figuras puestas en escena por el Sr. Serrano; pero bien satisfechos pueden haber quedado los autores ante los nutridos y espontáneos aplausos que interrumpieron varias veces la representacion. Cuando el público habla con tanta elocuencia, la crítica se ve obligada á ceder ante las decisiones de tan competente juez. Nos limitamos pues á enviar á los señores Serrano y Scarlatti, el sentimiento de nuestra gratitud por el felicísimo rato que nos hizo pasar la representacion de su zarzuela.

Y lo que decimos de los autores, alcanza también á los actores que tan fielmente la desempeñaron con muchísima especialidad en la parte de canto. Insistir sobre su mérito por todos reconocido fuera poner en tela de juicio sus extraordinarias facultades, que consagrarlos las justas alabanzas que merecen. Las Sritas. Doña Trinidad Malats y Doña Angeles Romeo inimitables, los Sres. Ortiz, Serrano y Solás tan acertados como siempre, particularmente los dos primeros.

En las demás producciones estuvieron á una altura imponderable las Sritas. Doña Consuelo R. Mangas, Doña Angeles Romeo y la Sra. Doña Trinidad Arenas; los Sres. Dueñas, Cavanna, Marina, Serrano y Solás desempeñaron con gran soltura y facilidad sus respectivos papeles. Todos en general obtuvieron gran cosecha de legítimos aplausos á los cuales están sin duda acostumbrados, pero que no por eso serán ménos gratos á sus oídos, porque ellos les dirán lo mucho en que se tienen sus valiosos esfuerzos por complacer á sus muchos admiradores.

En el intermedio de la primera pieza á la zarzuela un Sr. Sócio se presentó en el palco escénico á hacer presente la imposibilidad de poder lucir sus grandes facultades como cantante el Sr. Solás, á consecuencia de una súbita *ronquera*, lo cual le obligaba á suplicar la indulgencia del público; y efectivamente tuvimos ocasion de convencernos de esta verdad, pues en su parte de canto no estuvo este señor á la altura en que le hemos visto llegar en otras producciones musicales; sin embargo vimos con satisfaccion que su voz, aunque un tanto debilitada por la indisposicion que le affigia, no discrepó ni un momento de los dulces acordes de la orquesta.

Hacemos votos por su pronto restablecimiento, aconsejándole no esfuerce su voz y se prive de cantar interín no desaparezca por completo la *ronquera* que le aqueja.

TOLEDO, 1878.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE FANDO É HIJO,
Comercio, 31 y Plata, 19.